

Penúltima versión de una psicología de las multitudes¹

Penultimate version of a psychology of crowds

Jahir Navalles Gómez²

Departamento de Sociología

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

México, D.F., México.

Resumen

Las multitudes llegaron para quedarse. Crearon su propia versión. Una que les describiera y justificara. Una psicología de las multitudes en estricto apego al contexto socio-histórico, su descripción y su realidad. Pasados los años las multitudes se han transformado, ya no son las mismas, o mejor dicho, nunca lo fueron; eso es lo que convoca la presente discusión. No es una versión final, porque de las multitudes se seguirá escribiendo y ensayando, es una penúltima versión vinculada con la época actual y las nuevas tecnologías.

Palabras clave: multitudes, nuevas tecnologías, psicosociología.

Abstract

Crowds came here to stay. They created their own version. One that would describe and justify them. A psychology of crowds in strictly adherence to socio-historical context, its description and its reality. Over the

¹ Una primera versión de este documento se presentó en el 3er. Congreso Nacional de Ciencias Sociales del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECSSO): "Desafíos y Horizontes de cambio" (26 de feb-1 de marzo de 2012).

² Maestro en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Querétaro. Cuerpo Académico Estudios SocioEspaciales Líneas de interés y proyectos de investigación, Historia de la Psicología Social : Psicología Histórica y Transformaciones Culturales. **Contacto:** jahir.n@gmail.com

years the crowds have changed, and are not the same, or rather, never were, that is what calls the present discussion. It is not the final version because of the crowds will continue writing and rehearsing, this is a penultimate version linked to modern times and new technologies.

Key words: crowds, new technologies, social psychology.

El futuro de las versiones pasadas

Cada período histórico sugiere su propia versión de realidad, desde ahí justifica sus excesos, sus miedos, sus racionalidades, sus emociones contenidas y su afectividad colectiva; cada periodo histórico piensa, siente y actúa –al mismo tiempo– al ritmo que sus multitudes le dicten. Baila, grita, se tambalea, se queja, irrumpe y con base en ello a veces logra transformar la realidad. Y aunque de esa entidad se ha dicho y escrito mucho, negando su existencia o proponiéndola como algo pasajero e imaginario, lo cierto es que la misma es la cristalización de todas las esperanzas, de todas las rabietas, de todo el coraje, que una sociedad pudiera exponer. Por ello la necesidad de una psicología de las multitudes, porque entre líneas de ese ensayo de la vida social lograría reconocerse el porqué de los proyectos, de los límites impuestos, de las maneras de relacionarse, de los sentimientos flotantes.

Las multitudes, tal y como se vaticinaría (en la pluma de Gustave Le Bon, Hypolite Taine, Gabriel Tarde, José Ortega y Gasset, Serge Moscovici) que inundaron el pasado siglo no lo hicieron, más bien se quedaron sentadas esperando, se hicieron de una fama y se echaron a dormir (Arciga, 1989; Barnes & Becker, 1938/1984; Blanco, 1995; Fernández, 1989; Vázquez, 2004). En consecuencia, los relatos largos ubicados localmente como aquellos en los que se ampararon todos los teóricos de las multitudes serían desplazados por las racionalizaciones globales que provocaban una imagen de vida colectiva, donde todos se vieran inmersos y reflejados, y la furia contenida que se dice da sentido a la presencia multitudinaria se fue fragmentando conforme pasaron los años y las generaciones, y las sociedades (Sloterdijk, 2002) y sus intereses.

Los teóricos de las multitudes les describieron desde fuera, desde un lugar apartado, reservado, desde un lugar privilegiado, ubicados en su balcón o a través de una ventana, les vieron pasar y después hicieron su registro, escribieron una historia sobre las mismas y las volvieron parte

de la literatura, de la ficción, de la imaginación. Y las describieron a la par de múltiples sensaciones y sentimientos, temor y respeto, autoridad o pánico, caos y esperanzas.

Tiempo después, por intermediación de los medios de comunicación, las multitudes se tornaron públicos creadores de conversaciones (Tarde, 1904/1983), luego fueron consumidores expectantes de la noticia y la información (Maldonado, 1998; Gubern, 2000); les gusto más el ser espectadores, les agradó en demasía la guía informática, el teleguía, la noticia de primera plana, el *entertainment show*, “las sociedades actuales [...] sólo se perciben a sí mismas a través de símbolos mediáticos de masas, discursos, modas, programas y personalidades famosas” dice Peter Sloterdijk (2002, p. 17). Y a la vez, tanto reflejan como describen la realidad que las ampara, que no las quiere, y que les justifica. Las multitudes ahora llevan prisa, ya que están insertas en la realidad en otra velocidad.

“Velocidad de liberación” la llamaría el urbanista Paul Virilio (1995), y consistirá en la descripción del acceso a los eventos y las informaciones producidas en “tiempo real”. Ahora las noticias que las multitudes consumen se ofrecen más allá de la primera plana del periódico, ahora son realidad, ya no hay tiempo para discutir las, para reflexionarlas y mucho menos rumiarlas, los rumores ya no son a destiempo, ya no hay lugar para su modificación, resta o adición de detalles que en el tránsito de un lugar a otro sucedía; ahora, de lo que sí son acreedoras es de su discontinuidad, de su efímera actualidad, de que sólo sirven para creer en éstas por un ratito. Y las multitudes que se aglomeraban en alguna plaza pública para escuchar un rumor, para participar de una fiesta o una ejecución, ahora lo hacen desde su casa, sentaditas y llevando el registro, en imágenes varias pero prescindiendo de la calidez humana.

Las creencias siguen siendo colectivas, de todo y para todos hay una, pero éstas se han uni-personalizado, a veces se busca saber quién la dijo primero; otras más, se trata de adueñarse de esa idea, slogan, post o situación, y eso ya no es un rumor. Ahora entre imagen y slogan, la noticia como mercancía u objeto moral de valor, sustentan las ideologías de la cohesión, de la coerción hacia una realidad con la que se estará de acuerdo o desacuerdo a partir de las visitas en “tiempo real” que se hagan, del seguimiento informático de las mismas, de los *posts cibernéticos*, del pensamiento social que se estandariza de la mano ya no de la

politización, si no de la ideologización del medio (Maldonado, 1998; Yehya, 2008); el acontecimiento ya no importa, su difusión sí.

Se trata de saber más, de tener al alcance todo, de no tener restricciones para las reflexiones, las mentalidades en la época contemporánea son de instantáneas sobre instantáneas, de tránsito rápido, de naturaleza contingente, de permanencia entrecortada, pero como son muchas, nunca suficientes y claman por ser distintas, así es como justifican su presencia. Con internet y de la mano de las nuevas tecnologías, las multitudes, según sugiere Naief Yehya (2008), están inmersas en la acumulación y el registro informativo.

La tensión y el suspenso anclado en lo que es posible creer se re-crea a partir de la dispersión del acontecimiento vuelto espectáculo. Como dice el sociólogo Tomás Maldonado (1998, p. 13), “a la tecnología se le atribuye ese extraño halo taumatúrgico de resolución de realidades”. Conteniendo su explicación a partir de su localización en el escenario global. Y su *deslocalización* es parte de su incógnita o clandestinidad (Beck, 1997). Ese es el misterio de la realidad/creencia mediatizada, su transgresión de las fronteras físicas, su transmisión en cada una de las cadenas y hogares locales, su transición entre las conciencias individuales, su dispersión en los relatos informales.

Y todo tiene que ser expuesto, desnudado; entre el post y el compartir se generan las evidencias de cualquier acontecimiento, la realidad deja de ser secreta o coludida, ya no hay cabida para los relatos largos, ahora en fragmentos o episodios es como ésta se constituye, a partir del ostentar la información ésta ya es intromisión, descrédito, difamación.

Se crea y se cree en un híbrido cultural al cual tenerle fe, idolatrar o desechar (Bauman, 2008), que recupera todo elemento de identificación necesaria para subsistir allende su inmediatez, su nula restricción o arraigo.

El pensamiento social en la época contemporánea se rehace en los eventos que captan su atención, donde la rememoración y la ideologización van de la mano, donde los públicos están pendientes de lo sucedido, y donde los ávidos consumidores diarios del género –fatalista, conspiratorio, policiaco- se involucran para difundirlo, sean cuestiones políticas, económicas o culturales, frívolas todas, o enmarcadas con un aura solemne, incluyéndolo todo en un mismo escenario, porque así su explica-

ción tiene sentido y causalidad, los desastres naturales con las crisis financieras, los suicidios personales con el fundamentalismo de alguna secta, las colisiones grupales o la identidad nacional con la espectacularidad de un estadio o gesta, la pobreza con la ciber-guerrilla, el activismo anti-crimen con la impunidad y la revaloración de la ética y la justicia, la idea de (in)humanidad con la de globalización.

Los valores e instituciones son puestos en entredicho, la sospecha, la desconfianza, la incertidumbre a lo que pasa y pasará, generan imágenes de impacto y relatos cual premoniciones, los rumores se atajan a favor de las versiones mediatizadas y al final, de tanta exhibición no se concluye nada, “entre nosotros, la ignorancia está sentada en la primera fila” puntualiza Sloterdijk (2001a, p. 72); habría que considerarlo.

De acuerdo, llevar al terreno de lo público o extra-público cualquier situación cargada de injusticia e impunidad, de totalitarismo latente o manifiesto, vale la pena y es necesario, empero su seguimiento es lo que requiere mayor esfuerzo, porque ahora son tantos los casos, el registro y la observación, la convocatoria, el morbo y la tele-presencia, que la tergiversación de escenas, los comparativos y las conclusiones sin un mínimo análisis se tornan moneda corriente, y esto tiene una explicación; Zygmunt Bauman la bosqueja así:

El miedo es más temible cuando es difuso, disperso, poco claro; cuando flota libre, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causa nítidos; cuando nos ronda sin ton ni son, cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero resulta imposible de ver en ningún lugar concreto (2008, p. 10).

Por ello, el acontecimiento es más creíble a partir de su constante renovación.

Entre líneas: La hiperpolítica

En la época contemporánea, a partir de la introducción de las nuevas tecnologías, se devela una especie de panóptico geo-político, una especie de vigía que trasciende cualquier límite o frontera física, y que a la vez la registra, sabe qué es lo que ahí se hace, lo que ahí se práctica (Castro-Nogueira, 1997), y vigila las inquietudes locales e impulsa explicaciones totales. La idea de colectividad que, por ejemplo, describieron Herder

(1784/2002) o Wundt (1912/1990), es llevada a sus últimas consecuencias, cuando de la mano de las resoluciones a los conflictos políticos, religiosos, económicos y culturales de tiempos pasados se van reinstalando y re-conociendo en la época contemporánea viejas rencillas acerca de la conquista y la colonización, la imposición y el derrocamiento, los procesos civilizatorios acompañados de las más indignantes barbaries y excesos de tortura y depuración (Sloterdijk, 2001b; 1994/2002).

La idea convocada, ya tiene su tiempo y se ubica en la transición del siglo XX al XXI, cuando ya la sorpresa constante sobre las transformaciones políticas y culturales se estaba sucediendo, mejor dicho, éstas eran más evidentes, palpables, o se mostraba mayor atención e involucramiento. Antes no, o parecía que no, o se hacía creer que no. Esto porque sólo había una versión sobre las cosas, sólo una se contaba y de tanto que esto sucedía se ideologizaba. Ahora ya no, porque son muchas y distintas, variadito el asunto, y eso sucedió al final y al principio, respectivamente, del siglo pasado y del presente siglo (Yehya, 2008). Cuando se creía que ya las realidades eran distintas a como se había dicho que eran, basadas en los largos relatos, en los mitos propuestos por la modernidad, como el orden y el progreso, la objetividad y la realidad aprehendida (Ibáñez, 2001); ese espejismo permaneció en las conciencias, ya que lo que se propondría como novedoso no sería más que la reedición y reinstauración de viejas rencillas, conflictos locales, disputas ideológicas – religiosas o políticas- (Sloterdijk, 2002b), fluctuando entre su politización e ideologización, enquistadas generacionalmente, implosivas, con consecuencias de resonancia más allá de las fronteras físicas. Así las pugnas internas, el derrumbamiento de creencias, los levantamientos armados, se justificaron como ejes vectores de la transformación política, cultural y social (Castro-Nogueira, 1997; Bauman, 2008; 2007); las fortalezas y promesas que la modernidad hizo se desplomaron cuando las creencias se confrontaron, los relatos se homologaron y las identidades colisionaron.

Considerando lo que ha sucedido en Europa del Este, o en la llamada “Primavera árabe”, o con los “Indignados del Bío Bío”, o con el EZLN, estas irrupciones recuperaron y convocaron tragedias pasadas, documentaron visualmente los excesos, y los discursos también, y los difundieron como el internet les dio a entender, no sólo informaron de lo sucedido, no sólo dijeron lo que había y estaba pasando, no sólo compartieron, no

sólo exhibieron e hicieron posts, sino que lograron ubicarse históricamente en las conciencias de la época contemporánea, por sus maneras de comportarse, por su estilo festivo cuasi beligerante, por su atención a los detalles y porque se tornaron una multitud digna de recordar.

Para algunos habría realidades más reales que otras, por trágicas, por cómicas o absurdas, por indignantes, o porque despliegan un halo de solemnidad, que no te permite reírte de la misma o mínimamente ironizarla, construyendo su legitimidad basándose en su desprecio por los tiempos pasados, amparando versiones relegadas que ahora exigirían la primera plana, ahora es su tiempo el que cuenta, y requieren “tiempo real” para ser difundidas; la participación y el involucramiento con las mismas van paralelas a los recursos tecnológicos que les den soporte y asistencia; las masas retornaron en ésta pasada transición entre siglos, pero ahora las multitudes ya están interconectadas (Maldonado, 1998; Gubern, 2000; Yehya, 2008). Sentencia que no a todos los estudiosos e involucrados en el tema convence, y que recrea una polémica alrededor de la pasividad mediada tecnológicamente y la efusividad propia de las relaciones *in situ* (Maldonado, 1998; Sloterdijk, 2002a; Bauman, 2007; Yehya, 2008), participativas fuera de los refugios personales, politizadas como se debe, más allá de la imagen y de la inter-conectividad.

Los relatos locales ya no son suficientes, pero siguen siendo necesarios para explicitar la serie de vejaciones, insultos, indultos, omisiones y olvidos sobre los excesos cometidos en nombre de una ideología, creencia, mito sobre el progreso, o preeminencia de una forma de vida y de sociedad o de realidad. Cual vivencias compartidas, la “mentalidad de las cruzadas” sigue presente (Sloterdijk, 2002b, p. 18), y se cree que bajo su guía cualquier acto o comportamiento puede ser justificado, guerras mundiales y levantamientos locales armados, insurrecciones, rompimientos religiosos, fundamentalismos y masacres en diversas latitudes, cuya única respuesta y solución proviene de la erradicación humana, de la des-territorialización simbólica, religiosa e ideológica (Sloterdijk, 2001a; Yehya, 2008).

Las repercusiones, la resonancia de estas exposiciones, la exigencia de reconocimiento hacia las transformaciones locales (Ibañez, 2001), de los comparativos entre lo que fue y lo que es, recrean el acontecimiento, y se le da seguimiento con la finalidad -manifiesta- de solución; -latente- de

difusión y polémica. Es posible que la idea de los grandes proyectos ya no aparezca más entre las conciencias pero permanece de manera velada la idea de las grandes soluciones. Así es como se justifican el dejar de creer en las grandes narrativas y abogar por el resurgimiento de todo relato local, de su realidad y verificación, y ahí las masas y multitudes siguen siendo convocadas.

Anticiparse al conflicto es parte de esa racionalización de los fenómenos colectivos, y que mejor manera de ejercerla que la psicologización de las prácticas y los comportamientos, al situarlos, al segmentarlos, al personalizarlos, se desintegra ese halo sensible, empático, dinámico y correspondiente con esa realidad que los hizo confluir, las multitudes sienten y se reconocen a partir de ampliar su capacidad de convocatoria.

Es a partir de esa coincidencia afectiva que se despliega que cualquiera se sabe parte de la multitud porque le recuerda, con todo y sus agregados, sus episodios de misterio, silencio o exhibición, su prepotencia porque se cree mucho a partir de los más que con esta se han dejado arrastrar, la cantidad se vuelve factor determinante aún en lo abstracto de su presencia, y no es que sea amorfa, ahora, las multitudes embarcadas en la hipermodernidad generan una hiper-política mediática que, con la nostalgia en los pies, rostros, manifestaciones de antaño, se despliega en cada canal de intercambio y de comunicación, y a la vez lo satura, lo exagera, lo duplica y así logra seguir existiendo. Ante el desprecio constante al cual se ha visto sujeta, las multitudes de la época contemporánea entrelazan ya no sólo las consignas y las tautologías de un tiempo pretérito, ahora son mucho más una actitud crítica que comportamientos anómicos y beligerantes, esto porque ya no hay nada que perder.

De las tesis desprendidas a partir de esta hiperpolítica, la de la velocidad y el movimiento exacerbado de las acciones colectivas es la que redefine la presencia de las multitudes en la época contemporánea, donde la convocatoria sigue siendo parte fundamental pero la presencia física ya no tanto, donde las últimas consecuencias provienen del registro y de la difusión y no tanto de la irrupción espacial y públicamente situada, no así de la interrupción y bloqueo mediático de los sucesos y de la propaganda de/hacia los mismos; la apuesta por la transformación ya no está anclada en las sumatorias de individuos que logren condensarse colecti-

vamente, si no en la potencia de las redes sociales y los blogs y las aspiraciones desde la inter-conectividad hacia la creación de conciencia e involucramiento político hacia un acontecimiento.

Antes, saber y conocer lo que había ocurrido en otras latitudes le otorgaba un dejo de suspenso a las versiones, relatos y narrativas que pretendían alcanzar al punto de ebullición de los que con estas se identificaban, en ocasiones esto nunca pasaba o sí ocurría, pero de una manera distorsionada, porque los rumores y los agregados a partir de esa transición de un espacio a otro, de una generación a otra, de ese andar de boca en boca, ofrecían algo totalmente distinto al evento original. Por eso es que era un gran relato, porque tenía decenas o cientos de detalles sobre el cómo, el cuándo, quiénes y por qué.

A partir del papel que juegan las nuevas tecnologías, la movilización masiva es hiper real, porque ya no se circunscribe a un territorio, porque ahora ese mismo ha sido transgredido, los límites y fronteras son borrosas, se desdibujan a partir de la información y comunicación proyectada; ahora ya no existe un único medio de difusión, y la movilización tan característica de las multitudes, es puesta en un segundo plano, porque la expansión informática es la que se estaría posicionando.

Ideas simultáneas que se transcriben como convocatorias ya no de reunión, o de asentamiento para un derrocamiento, sino de dispersión y de impactos (Virilio, 1998), a distintos niveles y ancladas en cualquier medio posible, y es entonces cuando esa entidad colectiva, las multitudes, que se crearían inamovibles por su pesadez se reconfiguran a través de la expansión y ostentación temática. La ubicuidad ahora se ha reconfigurado. Porque ya la dimensión política se ha transfigurado, la acción ya no sólo es demanda, es sobreexposición; porque la velocidad se intercala con estabilidad, con búsqueda y rastreo (Virilio, 1995; Maldonado, 1998), con continuidad; porque con las nuevas tecnologías sucedió lo mismo que no permitió contener a las multitudes cuando se visualizaron por primera vez, porque ante la seducción ninguna explicación última es posible, o suficiente, o relevante. Aquí cabría una reflexión que sobre la rapidez Italo propondría: “Un razonamiento veloz no es necesariamente mejor que un razonamiento ponderado, todo lo contrario; pero comunica algo especial que reside justamente en su rapidez” (2001, p. 58).

Si a la multitud se le suplantó con los medios, el remedio que lograría ser contraparte sería su multiplicación y saturación, inundando las líneas, abusando de los recursos materiales, creando ofertas de chismes y rumores, provocando la caducidad de los acontecimientos, la frivolidad de las personas, la transitoriedad de los grupos sociales, la efímera etiqueta, en un acto global de desaparición, invisibilidad, supraindividualidad y cohesión a partir de la velocidad de acceso, distribución, politización e ideologización de acontecimientos, todo es susceptible de creer, porque se ve y se transmite en vivo, así ya no es posible la incredulidad, el misterio, la apatía, la reflexión e incertidumbre sobre las consecuencias de las acciones propias y compartidas, mentalidades y multitudes convocan malestares locales, disturbios transnacionales, reivindicaciones globales, creyendo que imponiendo participaciones, votos, imágenes o titulares, la realidad vivida dejará de existir, y donde la convocatoria a la acción detrás de un monitor devela un dejo de nostalgia por salir e inundar las calles.

Antes del fin, un principio

Cuando las multitudes se manifiestan, de principio no se sabe el porqué y mucho menos el cómo es que nadie pudo vaticinar su presencia, son chocantes por eso, porque confrontan y exponen las mentiras de aquella supuesta estabilidad social, se pitorrean de todo lo políticamente correcto, de las buenas maneras y de las reglas de civilidad, y en consecuencia se les desprecia (Sloterdijk, 2002a).

Creer que toda multitud –y la mentalidad que le resguarda- es puro, total y absoluto resentimiento es parte de un argumento lleno de conservadurismo cuyas buenas intenciones lo que hacen es opacar toda clase de convocatoria afectiva.

Las multitudes en la actualidad ya no se detienen, porque eso sugeriría su desaparición, empero van apareciendo cada vez más rápido, a la velocidad no de la luz, pero sí a la de la mediática iluminación (Virilio, 1998). La visibilidad excesiva se va legitimando, cada noticia es un parteaguas acerca de la realidad contemporánea, así como se ve, se consolida como real, así como se rastrea quien proporcionó –sea individuo, grupo, comunidad- la primicia, se justifica su difusión, configurando héroes,

profetas, vaticinios, nuevas leyendas, espectacularidad y renovadas consignas (Sloterdijk, 2001a; 2001b).

¿Tienen cabida en la actualidad las masas y multitudes? Después de más de cien años las multitudes lograron ser transformadas, a partir de su contención, a partir de su relegamiento académico, de la racionalidad y parsimonia con las que se dijo que éstas habían desaparecido. Dejaron de ser historias y se postularon como datos, como estadísticas, como notas al pie de página. Y es que esa vieja imagen que se tenía sobre su presencia, permanencia y desintegración, ya es poco probable, pero sigue siendo emplazada, es pura nostalgia, encuentros y desencuentros, empero, su presencia se ha vuelto sutil, ya no es física ni terrenal, ahora se sugiere virtual, casi atmosférica (Sloterdijk, 2002a).

Ya no hay calles, estadios y explanadas que las desplieguen, ya no hay capacidad, ni disponibilidad suficiente para lidiar con éstas y a la vez inmovilizarla, ya no importan las demarcaciones, ahora sólo valen las huellas, las señales, el intercambio de información; ocupar espacio ya no es el referente primordial, ahora lo son la expansión y la difusión, la pluralidad de acontecimientos, ahora se intenta hacer del “tiempo real” una situación total (Virilio, 1998).

Y estas multitudes ya no tienen miedo, que era una de sus características como detonante social, y porque estaban inmersas en ello es que se les temía, o se les aclamaba y desacreditaba. No es que sean ahora muy valientes o bravas, simplemente su movilización actual es producto de una sola cosa, mejor dicho, de una legítima actitud, se cansaron, les colmaron la paciencia, ya no soportaron el hastío.

Las escenas que despliega una multitud, aquellas donde se le ve en total calma, parsimonia, con cientos de rostros embebidos o de decenas de cuerpos que de sólo estar juntos hacen su propio ritmo, de múltiples voces que se exponen en un solo grito, contrastan con el recelo de aquel que las ve en lejanía y quisiera dominarle, decirle el que es lo que tiene que hacer, estremecerla como ésta lo conmueve, y buscar y encontrar la palabra o la frase adecuada que se consolide en consigna, el movimiento que despliegue o repliegue otro ritmo, la imagen o símbolo al cual todos seguirán.

Convocar a las multitudes forma parte del transcurrir del pensamiento social que las justifique, de los relatos que las imaginen (Moscovici,

1981), de los sentimientos de repudio o de glorificación (Sloterdijk, 2002a), de las imágenes pasadas o de las instantáneas que sigan causando fascinación. Las multitudes son aquel fenómeno psico-colectivo que siempre será un espejismo.

Se les sigue pensando y describiendo con total desprecio o gratitud, con ansias por aprehenderlas, pensando en sus orígenes y en sus destellos varios. Como una convocatoria efusiva que iluminaría la inercia de la vida social. Como aquella exigencia constante más que una necesidad temporal. Por eso vale la pena seguir ensayando esa idea, algunos creerán que ya es un tema del pasado, y que con leer y conocer a uno o dos autores que escribieron sobre esa entidad el tema ya estaría dominado.

No fue una ocurrencia escribir sobre las hordas, o sobre los linchamientos, o sobre las plazas atestadas de gente, de humores, de gritos y clamores; no fue para nada fortuito el preguntarse el cómo es que un colectivo se comportaría frente a alguna catástrofe, o algún acto de terror; ni tampoco sería inútil el dar seguimiento a una noticia y vislumbrar quiénes, cuántos y cómo se interesarían por la misma (Stoetzel, 1970), y es que lo público de una opinión se gestó de la mano de esa entidad impresionante, y de su asentamiento, su parsimonia, sus ganas de sentarse y de conversar (Tarde, 1904/1983). Teniendo como consecuencia la creación y validez de una literatura original.

Las multitudes hacen su propias versiones, dotadas de la originalidad que el período histórico del cual se desplegaron les sugiere, antes fue común verlas pasar delante de nuestros ojos y narices, y pasado el tiempo tomar conciencia de su presencia y simpatizar con ellas; ahora, las multitudes que podríamos conocer se sostienen en el vínculo mediático, sería un error querer romperlo, o ignorarlo, pero vanagloriarlo sería también otro exceso; la presencia de las multitudes en la época actual requiere de un ejercicio crítico de descripción, de comprensión, si se está o no de acuerdo, eso ya sugiere un nuevo punto de partida y discusión; así es como se justifica todo lo anteriormente escrito, y que no es sino una penúltima versión de la psicología de las multitudes.

Referencias

Arciga, S. (1989). Masas y Públicos. En P. Fernández (comp.), *Psicología Colectiva y Cultura Cotidiana* (pp. 17-32). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Barnes, H.E. & Becker, H. (1938/1984). *Historia Del Pensamiento Social II. Corrientes Sociológicas en los Diversos Países*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo Líquido. La Sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona, España: Paidós.
- Bauman, Z. (2008). *Tiempos Líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Tusquets.
- Beck, U. (1997). *¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, España: Paidós.
- Blanco, A. (1995). *Cinco Tradiciones en la Psicología Social*. Madrid, España: Morata.
- Calvino, I. (2001). *Seis Propuestas para el Próximo Milenio*. Madrid, España: Siruela.
- Castro-Nogueira, L. (1997). *La Risa del Espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*. Madrid, España: Tecnos.
- Fernández, P. (1989). Las Tradiciones de la Psicología Colectiva. *Fundamentos y Crónicas de la Psicología Social Mexicana*, 1, 38-77.
- Gubern, R. (2010). *El Eros Electrónico*. México: Taurus.
- Herder, J.G. (1784/2002). *Antropología e Historia*. Madrid, España: Universidad Complutense.
- Ibáñez, T. (2001). *Municiones para Disidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona, España: Gedisa.
- Maldonado, T. (1998). *Crítica de la Razón Informática*. Barcelona, España: Paidós.
- Sloterdijk, P. (2001a). *Eurotaoísmo. Aportaciones a la Crítica de la Cinética Política*. Barcelona, España: Seix Barral.
- Sloterdijk, P. (2001b). *Extrañamiento del Mundo*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2002a). *El Desprecio de las Masas*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2002b). *En el Mismo Barco. Ensayo sobre Hiperpolítica*. Madrid, España: Siruela.
- Stoetzel, J. (1970). *Psicología Social*. Valencia, España: Marfil.
- Tarde, G. (1904/1983). *La Opinión y la Multitud*. Madrid, España: Taurus.
- Vázquez, F. (2004). *Psicología del Comportamiento Colectivo*. Barcelona, España: Universitat Oberta de Catalunya.
- Virilio, P. (1995). *La Velocidad de Liberación*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Virilio, P. (1998). *La Bomba Informática*. Madrid, España: Catedra.
- Wundt, W. (1912/1990). *Elementos de Psicología de los Pueblos*. Madrid, España: Altafulla.
- Yehya, N. (2008). *Tecnocultura. El espacio íntimo transformado en tiempos de paz y guerra*. México: Tusquets.

Recibido: 13 de diciembre de 2011.

Aceptado: 23 de marzo de 2012.